

“Nuevos Comienzos”

Era la última tarde que pasaría en Sevilla. Al día siguiente habíamos de madrugar para coger el vuelo hacia América. Ya había preparado la maleta y esa misma mañana me había despedido de todos mis compañeros y amigos, incluida Carla, a la que ya no volvería a ver jamás.

Me había subido a la azotea del edificio en un despiste que había tenido mi madre al ir a comprar un par de cosas. No sabía lo que hacía allí arriba, creo que solo era mi intención despedirme desde lo alto de la ciudad en la que había vivido hasta entonces, recordando cada uno de los momentos que había disfrutado junto a mi madre y amigos. Intenté contener las lágrimas pero estas me corrieron por la cara como las hojas caen en invierno despojadas de su alegría.

Las campanas de las iglesias parecían darme su despedida al tiempo que el sol me daba la suya desapareciendo por el horizonte. Multitud de pájaros pasaron por encima mía para hacerme un gesto de despedida mientras cantaban sus alegres cacareos.

Se oyó un portazo y supe que debía bajar ya al piso, casa mi madre terminaba de meter los últimos preparativos en una de las dos maletas que nos llevaríamos.

Esa noche cenamos un par de rodajas de jamón y una rebanada de pan, mientras intentábamos ver en una televisión más pequeña que el propio plato de jamón las noticias de la uno.

Mi madre había decidido volver junto a mis tías y tíos en Colombia, porque nuestra situación económica en aquel momento no era la mejor y así podrían ayudarnos.

A la mañana siguiente, me vestí a prisa y acompañé a mi madre hasta la puerta del piso, donde nos esperaba la dueña en pijama y con bata, para que le diésemos las llaves. Nos despedimos de ella mientras que esta pareció echarnos haciendo un gesto con la mano por encima del hombro al tiempo que se daba la vuelta en dirección a su apartamento.

Ayudé a mi madre a cargar con la maleta más pesada y a duras penas llegamos a la planta baja. Una vez allí un taxista nos ayudó a meter las maletas en el auto. Hacía unos minutos mi madre había llamado a la compañía de taxis para que nos vinieran a recoger. En cuanto subimos al coche, aquel hombre con barba blanca al igual que el cabello y de aire conquistador nos preguntó:

-¿A dónde les llevo?- , -Al aeropuerto si pudiera ser- respondió mi madre con suavidad, aunque se le notaba en la mirada el nerviosismo de tener que llegar a tiempo.

Mientras callejeábamos por Sevilla me puse a pensar en el tipo de familia que sería aquella de la que mi madre tanto me había hablado, estaba entusiasmado por conocer a mi tías, tíos, primos y demás familiares.

Unos instantes más tarde el coche ya había aparcado frente a la entrada principal del aeropuerto y el taxista nos ayudó a bajar las dos maletas. Una vez finalizada su tarea mi madre le pagó y se despidió bajándose un poco la gorra.

Anduvimos por largos pasillos buscando nuestra terminal hasta que llegamos a ella, gracias a la ayuda de un pequeño mapa que le había entregado una azafata del aeropuerto a mi madre, ya que no encontrábamos nuestra terminal. Al fin nos sentamos en unos asientos y pude soltar mi maleta dejándola a mi lado.

-¿Estás bien cariño?- me preguntó mi madre.-Sí mamá, no te preocupes por mí.- -Pues menudo viajecito nos espera- dijo mi madre en voz baja y para sus adentros.

Supongo que estuvimos allí no más de cinco minutos cuando la terminal comenzó a llenarse de gente. El vuelo estaba previsto para las ocho y media de la mañana, pero apenas una hora antes el andén ya estaba completamente lleno de pasajeros. Cerré un poco los ojos, para intentar descansar, pero al poco tiempo mi madre me desveló y me hizo coger la maleta de nuevo.

-Vamos, que parte el avión- me dijo, con su tono dulce de voz aunque esa vez un poco más espabilado. Todos los pasajeros incluidos mi madre y yo pasamos por un par de controles antes de llegar al embarcadero.

Fuimos pasando en fila por un pasillo que comunicaba la terminal con el avión. Yo me entretuve mirando a través de unos cristales el avión en el que viajaríamos. No alcancé a ver mucho, ya que la noche aún reinaba, pero pude distinguir dos rayas de colores, amarillo y rojo creo recordar, en la parte posterior del avión.

Cuando por fin estábamos sentados, una mujer salió del camerino delantero, y nos avisó para que nos pusiéramos los cinturones antes de despegar. Miré a mi alrededor y vi a un hombre de apariencia un poco grosera, con el bigote y la barba arremolinados. El pelo estaba recogido en una cola, de la que se escapaban algunos pelos posados sobre las orejas, ya ocupadas por unas enormes gafas redondas. También cabía destacar su enorme vientre barrigudo que le sobresalía por debajo de los pechos.

Un poco más allá vi a una pareja que se abrazaba mutuamente dándose cariño, y recordé cuanto hubiera deseado lo mismo de un padre... Poco después ya surcábamos el cielo y la mayoría de los pasajeros se habían quedado dormidos, incluida mi madre. Menos mal que poco antes de que esta se durmiera le pedí que me cambiara su sitio, ya que aquel hombre de barba larga tenía un ronquido tan profundo que parecía que le faltara aire para respirar.

Y además así podía ver el cielo estrellado, ya que ahora estaba en el asiento de la ventana. Entreabrí un poco la tapadera de la ventana para poder ver las estrellas en aquel bello paisaje. Unos metros más abajo (o eso creía yo) las nubes inundaban el cielo, y cuando alzaba la mirada la luna parecía saludarme, al igual que sus hermanas con su eterno resplandor. Decidí recostarme un poco sobre mi hombro y me quedé dormido al igual que todo el pasaje en aquel vuelo entre nubes y estrellas.

A la mañana siguiente el sol no parecía quererse levantar, ya que debido al diferente uso horario, en América amanecía mucho después que en la ya lejana Sevilla. Al poco tiempo el sol comenzó por fin a entrar por las ventanillas del avión y nos anunciaron de nueva vez que nos pusiéramos el cinturón durante las maniobras de aterrizaje.

Cuando miré a mi derecha mi madre aún seguía adormilada y yo la intenté despertar:

-Vamos mamá, que aterrizamos ya- le dije mientras la zarandeaba un poco por el hombro.

Enseguida se despertó con su quietud habitual y poco después ya estábamos bajándonos del avión. Un sol radiante lucía en aquella mi tierra ancestral, de la que mi madre tanto me había hablado.

Fuimos avanzando por los diferentes pasillos y salas de aquel aeropuerto, hasta llegar a la salida. Nos dirigimos al exterior a través de una puerta giratoria como esas de las películas y estuvimos esperando un rato hasta que mi madre consiguió llamar a un taxi, empecé a notar el acento sureño de aquella gente que se parecía en parte al de mi madre. Pasamos por el paso de cebra hasta la otra acera, donde nos esperaba el taxi y casi por despiste miré hacia el rótulo del aeropuerto. Se podía leer en letras doradas "AEROPUERTO DE BUENOS AIRES", cosa que me extrañó mucho.

-Mamá, ¿no íbamos a ir a Colombia?- le pregunté extrañado. -Sí, mi amor, pero es más conveniente que nos quedemos en Argentina durante un tiempo, luego te lo explicaré- me dijo intentando calmarme con su acostumbrada voz suave.

Incrédulo de no saber lo que pasaba subí al taxi. - A la avenida de Santos, por favor- le anunció mi madre al conductor nada más meterse en el taxi.

Recorrimos varias calles y avenidas, en alguna de ellas se podía ver un montaña que rodeaba a la ciudad desde el fondo. De vez en cuando nos metíamos por calles muy estrechas, para acortar camino según el conductor, mientras que interrumpíamos un partido de fútbol entre unos cuantos de chavales. También se oían voces que decían: Venid para acá, que tengo que decirle una cosa a vos... quedaba asombrado y maravillado por el acento de aquellas personas, muy distinto al de Sevilla.

Salimos de aquellas calles hacia una avenida inmensa de tres carriles en cada sentido, el taxista fue mirando por la ventanilla hasta que se condujo a la acera y dejó aparcado el coche frente a un edificio de pinturas rojas y ocres. -Sal anda, mientras yo le pago a este señor- me dijo mi madre. Cuando salí del coche el ambiente que se respiraba por las calles era vivo y alegre acompañado por los andares de las personas, con prisa y sin ella, siendo el corazón latente de la ciudad. Mientras miraba a mi alrededor escuché al conductor del taxi decir -Ahí tiene sus cuatro pesos de sobra-ayudándome a recodar que la moneda allí era distinta.

Antes de que saliera mi madre me apresuré por abrir el maletero pero parecía imposible, a esto que el conductor del taxi, un hombre de pelo castaño y barba pelirroja me dijo: -deja, deja chico, ya lo abro yo- y con un movimiento leve bajo un letrerito hizo que se elevara el maletero. Nos dio las maletas y se despidió de nosotros con un saludo, - bueno al fin aquí – dijo mi madre –¿sabes quién vive en este edificio?- me preguntó mi madre – no – le contesté –

tu abuela hijo, tu abuela- me dijo en gesto de sorpresa, y no lo podía creer, por fin después de tanto tiempo iba a poder conocer a un familiar mío, y el corazón me dio un vuelco.

Subimos unas escaleras elegantemente decoradas y llegamos hasta la segunda planta. Una vez allí llamamos a una puerta, yo miré el rotulo, 2b. Al poco tiempo se escuchó como abrían la puerta y una mujer de avanzada edad miró a mi madre muy asombrada y sin mediar palabra se lanzó a darle un abrazo, las lágrimas le corrían por la mejilla y fue entonces cuando se fijó en mí, y con mayor cara de asombro se dirigió a mi madre preguntándole - ¿es él?- mi madre asintió con la cabeza y entonces me abrazó o más bien me atrapó, no queriendo dejarme escapar y me miró cogiendo con las dos manos mi cabeza y diciendo al tiempo: -que guapo nos has salido - me sonrojé un poco aunque sentía que aquella era lo que se le solía llamar una abuela, esas de las que te cuidan cuando tus padres no pueden y te dan el mismo cariño o incluso más.

Entramos en el piso, muy fresco por la acción de unos cuantos de ventiladores, que disipaban un poco el calor de la calle y es que aunque en Sevilla fuera aún invierno en Sudamérica era verano y toda la ciudad estaba inundada por una enorme ola de calor. Pasamos a un vestíbulo donde había un sofá y un par de sillones frente a un enorme televisor. Me senté o medio tumbé en el sofá. Recostado e intentando descansar un poco, miré hacia la tele y vi las noticias de Argentina que anunciaban una nueva ola de calor, cogí el mando, encima de una mesa de cristal y pase los canales hasta encontrar la Fox, al fin encontré lo que buscaba, los Simpson.

Al rato de estar sentado y de reírme de aquel extraño acento de la familia Simpson vino mi madre y se sentó a mi lado. - Verás hijo como ya te prometí antes la causa de que estemos aquí es que tu abuela no se encuentra en el mejor estado de salud que se pudiera desear, y prefiero quedarme un tiempo cuidándola, por lo tanto nos quedaremos en esta lindo piso durante algún tiempo y con la mujer más agraciada del mundo – dijo mi madre alzando la voz mientras mi abuela entraba en el vestíbulo.

Esa misma tarde mientras mi nueva abuela tendía en la azotea y mi madre se daba un descanso, yo estaba rondando el apartamento cuando entré en un cuarto pequeño, aparentemente cerrado, pero cuando gire el manillar la puerta de enorme grosor se abrió sin problemas y tal fue mi sorpresa al encontrar una vieja bici posada sobre la pared , la cogí muy despacio intentando no hacer ruido, pues mi madre seguía dormida y salí del piso lo más rápido que pude con la bici a cuestas.

Cuando estaba en Sevilla acostumbraba a salir con la bici al menos cuatro días por semana, y no me era necesario ir esquivando coches, pues desde hacía muy poco un carril para bicis recorría Sevilla entera, pero resultaba que aquella ciudad de Argentina no poseía estos carriles, o al menos yo no los había visto a mi llegada. Intenté trazar una ruta por las calles en las que habíamos venido en el taxi y suponiendo que hubiera otras me lancé hacia fuera. En seguida comenzó a sonar un rechín chineo en los pedales, pero a mí no me importaba y seguí la ruta trazada en mi cabeza, pero tan mala fue mi fortuna que cuando estaba a punto de doblar una esquina un coche salió de frente y me obligó a frenar de una forma tan brusca que la rueda de atrás se desencajó y el manillar se quedó colgando en mis manos, así que tuve que volver al apartamento andando y pensando para mi mismo:-Porque no habría dejado la bici donde estaba y ya está- pero ya era demasiado tarde.

Entré en el apartamento sigilosamente, pero ni por esas, mi abuela que al pasar de una habitación a otra, me vio y con cara de sorpresa me preguntó:- ¿Pero qué te ha ocurrido ángel mío?- decía al mismo tiempo que miraba la bicicleta, si es que se le podía llamar de alguna forma a aquel montón de cacharro. –Nada- le contesté – es que he cogido la bici de aquel cuarto- dije señalándolo- pero no parece que estuviera en muy buenas condiciones- .- Pues claro que no, hijo, esa bici era de tu abuelo, ya fallecido, y llevaba ahí desde hacía veinte años, pero ¿sabes? , me has hecho un favor al romperla, porque lo cierto es que me daba mucha pena tirarla pero viendo que ya la has usado tu no me importa lo que le haya pasado, así que déjala ahí afuera que ya la llevaremos esta noche a la basura- - si lo prefieres, puedo bajar y dejarla ahora mismo junto a la basura- ;- si ese es tu deseo vida mía- Me dijo mi abuela con toda la ternura del mundo.

Bajé las escaleras intentando no hacer un solo rasguño a las paredes, pero alguno quedó. Finalmente salí a la calle con la suerte de que el cubo de la basura no estaba lejos sí no más bien justo al lado, frente al mismo edificio, siendo así que dejé la bicicleta, con su rueda y su manillar tendida al lado del cubo, verde por lo cierto, que me recordó aún más a aquellos contenedores de vidrio pintados con “espray” que tanto resaltaban y decoraban en las calles de Sevilla. Subí las escaleras aprisa con ganas de prepararme algún bocadillo ya que la merienda ya se hacía cercana y mi estomago rabiaba de no tener nada que digerir.

Me preparé un exquisito bocadillo de paté, del que disfruté comiéndolo lentamente mientras veía un programa en la televisión al que ni siquiera le hacía mucho caso. Cansado de estar en el sofá me incorporé y me fui al gran balcón que sobresalía más allá de la fachada del apartamento y que cubría toda su longitud. Era tan largo que sin duda podrías tardar un buen rato en cruzarlo, contando con que las macetas te impedían un poco el paso.

Apoyado en la barandilla del balcón me paré a mirar lo bonita que resultaba aquella ciudad en la que apenas me había fijado, la gente con sus andares, los coches con las prisas rodando sobre la gran avenida y la montaña, allí al fondo cubriendo a su hija, la ciudad, de cualquier peligro...

Pasó el tiempo y tenía que ir a alguna escuela pero no hubo mucha suerte, la única escuela en la que pudimos encontrar plaza para mí estaba muy lejos, en la otra punta de la ciudad, y para llegar hasta ella había de caminar durante una hora y atravesar multitud de avenidas y peligrosas calles. Pero esa era la única, por lo que no me quedó más remedio.

El primer día de clase llegué hasta una puerta de madera acompañado por un profesor de mediana edad que se apoyaba sobre mi hombro, este dio unos toquitos en la puerta y al instante esta se abrió dejando ver una clase no muy amplía y cuyos pupitres no parecieran haberse renovado desde la inauguración de la escuela, que parecía ser hace mucho tiempo. El profesor avanzó un poco y volvió su mirada hacia la izquierda y preguntó: -¿Se puede? traigo al nuevo alumno- en seguida me puse muy nervioso y aquel profesor me hizo un gesto para que pasara. Nada más entrar una bella profesora me recibió y me cogió suavemente del brazo hasta llevarme al centro de la clase , !Haber demos la bienvenida a nuestro nuevo compañero! Y casi toda la clase quedó en silencio , menos un chaval del fondo que soltó un:- uf- lo que me hizo presagiar un mal día, aunque al final no todo salió tan mal como yo esperaba, e hice dos nuevos amigos: Carlos y Futre que me trataron muy bien nada más sentarme junto a ellos.

Llegaron las vacaciones de invierno y a mi compañero y amigo Futre le regalaron un balón con el que disfrutamos la mayor parte de los días, jugando en pistas de albero y por las calles de la ciudad, junto a otros niños.

Durante meses nos habíamos alojado en casa de mi abuela, y a esta por supuesto no le hacíamos ninguna molestia, es más, decía: -por mí, podéis quedaros hasta que me muera – decía mi abuela exageradamente. Y lo cierto es que por muy poco, porque al fin la salud de mi abuela comenzó a mejorar, y un buen día mi madre vio la ocasión de poder volver definitivamente a Colombia. Aquel día resultó ser un once de julio, aunque claro, nevado y lluvioso.

Como ya hice en Sevilla con anterioridad, me subí a la azotea del piso y me quise despedir de nuevo de todo lo que allí reinaba, incluidos los que hasta el momento habían sido mis nuevos amigos: Carlos y Futre, un niño por cierto regordete pero muy simpático y de gran corazón, y de todas las personas que no se habían podido despedir de mí. Como ya hice en mi despedida a Sevilla me despedí del sol y di la bienvenida a la luna en aquella fría tarde y una vez más los pájaros se despidieron de mí y yo de ellos, pues ya no los volvería a ver, al igual que aquella bella ciudad a la que ya me había acostumbrado y no quería abandonar. Pero el caso es que volvíamos a buscar un nuevo comienzo en un lugar desconocido para mí.